

LOS DESTERRADOS A OMOA

Escribe: SERGIO ELIAS ORTIZ

En la mañana del día 29 de agosto de 1816, mañana fría y lluviosa que no permitía sacar las manos del pellón, como recordaría años más tarde uno de los actores de este episodio de la Epoca del Terror, salían de la entonces amedrentada Santafé de Bogotá, bajo partida de registro, en sillones, amujeriegas, con grillos y escoltados por un oficial y ocho soldados de caballería, doce “reos de Estado”, condenados al temible “presidio de Omoa”, como decía su sentencia. Los nombres de estas víctimas patriotas eran, por el orden en que estaban inscritos en la lista: *Luis Eduardo Azuola, Manuel Pardo Díez, José María del Castillo, Sinforoso Mutis, José Sanz de Santa María, José Florencio Ortiz, Camilo Manrique, Dionisio Gamba, Estanislao Gutiérrez, Juan Nepomuceno Rincón, Pantaleón Gutiérrez y Andrés Rodríguez*, todos ellos ciudadanos neogranadinos de la más alta distinción, emparentados con las principales familias del Virreynato, patriotas convencidos que habían actuado quien más, quien menos, desde posiciones destacadas en los negocios públicos, entre ellos, el doctor José María del Castillo y Rada que había hecho parte con los doctores Joaquín Camacho y Fernández Madrid del Triunvirato que gobernó a la naciente Patria en horas de angustia de la primera República.

Respecto del lugar de su destino, apenas sí podían saber los infelices “reos de Estado” que el presidio de Omoa quedaba en el golfo de Honduras, en una costa pantanosa, en parte acantilada que se denominaba la “Caldera de Omoa” y que allí había sido construída, a mediados del siglo XVIII, una fortaleza que, al propio tiempo que servía para defender el territorio contra los corsarios ingleses que trataban de apropiárselo, se usaba también como prisión para los peores malhechores, de suerte que enviarlos a ese presidio, que por el clima y la insalubridad del pantano gozaba de la peor fama de América, era poco menos que condenarlos a muerte. Pero ellos podían darse por el momento por bien servidos, pues cinco de los de la lista habían sido condenados a la pena capital, conmutada a última hora por la de prisión, sinrre la suerte de otros hombres notabilísimos, compañeros suyos, que los mismos delitos habían sido ya ajusticiados y dormían el su sueño dos inmortales (1).

Para alivio de su desventura, aunque al mismo tiempo para mayor dolor de sus pobres almas atormentadas por tantas vejaciones como habían sufrido durante su detención preventiva y bochornoso proceso, tenían ahora que decir quizá adiós eterno a sus parientes que, avisados secretamente, los

esperaban a la vera de Fontibón, en el camino real, para proveerlos de ropas, víveres, dinero y cabalgaduras que necesitaban para su largo viaje. Todo se cumplió con la complicidad de la escolta a pesar de las órdenes severas de incomunicación que aún pendían de los "reos", porque en la Epoca del Terror todos, desde Morillo al último guardián, obtenían gajes de la comprometida situación en que se hallaban los ciudadanos tildados de infidentes.

Por otro lado, el oficial responsable de los presos llevaba a buen recaudo, para ellos, una tremenda recomendación firmada de puño y letra del General Morillo para el Gobernador de Omoa, que decía a la letra:

"Señor Gobernador de Omoa:

Acompaño a V. S. las adjuntas copias certificadas de las sentencias que el Consejo de Guerra Permanente establecido en esta capital, ha impuesto a los doce individuos comprendidos en ellas, para que disponga V. S. las cumplan en ese Presidio en los términos que se previene: y como que todos los citados presos, son de los revolucionarios más perversos, y criminales que han alarmado estos países para rebelarse contra su legítimo Soberano, conviene al mejor servicio de S. M. sean particularmente vigilados y observados, procurando su mayor seguridad por todos medios, pues si alguno de ellos, llegase a fugarse, causaría gravísimos daños a la causa del Rey.

Dios guarde a V. S. muchos años.

Quartel General de Sta. Fé 29 de Agosto de 1816.

PABLO MORILLO". (2)

Las "copias certificadas de las sentencias" a que se alude en la comunicación anterior, eran extractos de los procesos instruidos a cada uno de los condenados, desde la celebración del juicio ante el Consejo permanente de Guerra que presidía el Gobernador Militar don Antonio María Casano, con la asistencia de cuatro vocales militares, el Fiscal y el Procurador del acusado, hasta la inapelable decisión del General Morillo, constituido por sí y ante sí, como árbitro supremo de la vida honra y bienes de los asociados, aunque estos no hubiesen sido militares, sino simples "paisanos", como rezan los autos, para ser sometidos a un tribunal castrense. Todo en forma sumaria, con trámites de horas para la defensa y sin que esta pudiera hablar con el sindicado. La sentencia proferida por el Consejo permanente pasaba luego al Auditor de Guerra, que lo era el abogado neogranadino, natural de Antioquia, don Faustino Martínez y de allí a Morillo que ordinariamente se conformaba con el dictamen del Auditor. De acuerdo con esos extractos los doce condenados al presidio de Omoa comparecieron ante el Consejo en el mes de junio de 1816 y su suerte se decidió así:

LUIS EDUARDO de AZUOLA: *"Condenado a la pena de ser pasado por las armas por la espalda y que sus bienes sean confiscados"*. El Auditor dijo: "Después de un examen detenido sobre este proceso y hecho cargo de los fundamentos que militan tanto en pro como en contra del acusado, he encontrado que el Consejo de Guerra no se ha arreglado al mérito de autor para la aplicación de la pena correspondiente al delito justificado. Véase

la información sumaria y no se hallará en ella que Luis Eduardo de Azuola conste convencido de autor de la revolución, ni que hubiese tomado parte activa en sostener la independencia: todos los testigos convienen en que dicho acusado fue un partidario o seguidor del sistema con la mayor moderación ciñéndose solamente a una representación pasiva en los empleos que ejerció, pues no se ha justificado que sus operaciones y procedimientos tuviesen aquel carácter de energía e interés en sostener el Gobierno, antes por el contrario, se opuso a la declaratoria de independencia en medio de una Asamblea y se condujo en los otros puestos con apatía e indiferencia, según lo contestan los documentos; por lo que hace a sentencia de muerte, Luis Eduardo de Azuola está fuera de ella porque ni se prueba cabecilla, seductor, ni cooperador con calor y actividad de plantar el sistema; no es digno de la pena que se le ha impuesto". Morillo, sentenció: "*Respecto a lo que expone el Auditor de Guerra en su anterior dictamen, le conmuto la pena de ser pasado por las armas en la de diez años de presidio en Omoa*".

MANUEL PARDO DIEZ: "*Condenado a la pena de ser pasado por las armas por la espalda y confiscados sus bienes*". El Auditor, dijo: "las declaraciones de Andrés de León y Segovia y Mateo Tres Palacios resultan legalmente tachadas y sin fuerza alguna por derecho y ser padre e hijo político y sus dichos solo aparecen confirmados por los demás testigos en que Pardo siguió el partido insurgente, otros testigos solo lo saben de oídas de que el acusado habría dado mal trato al Virrey Amar cuando lo conducía: solo se saca en conclusión que Pardo fue adicto al sistema y desempeñó empleos de hacienda, ni figura en los papeles de la revolución como promotor influyente en el Gobierno". Morillo, sentenció: "Teniendo en consideración lo que expone el Auditor de Guerra del Ejército en el anterior dictamen, estimo conveniente y arreglado que el individuo Manuel Pardo, *pase por término de diez años al presidio de Omoa, quedando relevado de la pena capital*".

JOSE MARIA DEL CASTILLO: El Consejo de Guerra en el cuerpo de la sentencia expuso que en atención a que Castillo "no ha perseguido a nadie, ni ha manifestado carácter sanguinario, ni causado perjuicio ni vejación particular; habiendo justificado el arrepentimiento que manifestó con tiempo, compeliendo al Gobierno General, a que oficiase al Excmo. Señor General en Jefe a fin de entregar las armas y reconocer el legítimo Gobierno de S. M. como acreditan los testigos citados verbalmente por el reo, en el acto del Consejo, y por escrito en la defensa asegurando que Castillo no solo logró que se pusiese en ejecución dicho proyecto con sus reflexiones, sino que también las hizo con bastante calor en la puerta del Congreso manifestándose muy sentido de que los demás no quisieran ceder, lo exime de la pena capital y lo condena a cuatro años de presidio y a la confiscación de sus bienes en favor del Real Erario". Por su parte el Auditor apoyó la determinación anterior diciendo que "Castillo por el proceso no había sido ni pudo ser cabeza ni autor de la infame revolución". Morillo, sentenció: "Me conformo por ahora con la sentencia impuesta por el Consejo de Guerra, *pasando al presidio de Omoa*".

SINFOROSO MUTIS: "*Condenado a dos años de destierro fuera de esta Provincia*". El Auditor dijo que "el reo en la defensa ha probado do-

cumentadamente que lejos de ser un cabeza de la rebelión, sedicioso, y de haber tomado una parte activa en el sistema, lo único que resulta es haber contemporizado privadamente por el vivo interés de salvar la Expedición Botánica que por su intervención nada ha padecido en lo científico". Morillo, sentenció: "Me conformo con la sentencia *debiendo pasar el reo por ese tiempo al presidio de Omoa*".

JOSE SANZ DE SANTAMARIA: "*Condenado a la pena extraordinaria de diez años de presidio y confiscación total de sus bienes*". El Auditor dijo: "A pesar de que el proceso califica en bastante forma la conducta insurgente de José Sanz de Santamaría como es de verse, también es constante que este individuo denegándose abiertamente a cumplir con las órdenes de los mandones rebeldes hizo un servicio al Rey y al Ejército entregando a su disposición los caudales, vestuarios y otros útiles de la Milicia, que por los jefes revolucionarios se le mandaron entregar con amenazas. En mi sentir este paso o proceder es de gran consideración para minorar la pena al expresado Santa María". Morillo, sentenció: "Me conformo con la sentencia impuesta por el Consejo de Guerra Permanente del Ejército y ejecútese *debiendo cumplir los diez años de presidio en Omoa*".

JOSE FLORENCIO ORTIZ: "*Condenado a la pena de ser pasado por las armas y sean confiscados todos sus bienes*". El Auditor, dijo: "El proceso no presenta mérito para la pena ni prueba que el indicado reo fuese cabeza de motín en los diversos bullicios de esta ciudad y pido que se suspenda la ejecución de esta sentencia". Morillo, sentenció: "Me conformo con el Auditor y le convierto la pena en *diez años de presidio en Omoa*".

CAMILO MANRIQUE: "*Condenado a la pena de ser pasado por las armas por la espalda y confiscación de sus bienes*". El Auditor, dijo: "Habiéndose de guardar proporción entre la pena y los delitos y al mismo tiempo graduar las circunstancias que los hacen más o menos graves, encuentro en esta causa que Camilo Manrique firmó unos papeles sediciosos autorizándolos como autor; pero que sin embargo y según resulta justificado, este mismo contribuyó a una revolución en que se intentaba reconocer al Rey y por cuyo motivo fue preso y desterrado como lo deponen los testigos". Morillo, sentenció: "Teniendo en consideración las razones que expone el Auditor de Guerra en el anterior dictamen *pase el individuo Camilo Manrique por diez años al presidio de Omoa, quedando relevado de la pena capital*".

ANDRES RODRIGUEZ y JUAN DIONISIO GAMBA: Comprendidos en una misma sentencia fueron condenados, así: "Rodríguez a *seis años de presidio* y Gamba a *la pena de muerte con confiscación de bienes*". El Auditor, dijo: "no resulta mérito del proceso para esta condena, hubo discrepancia de votos en el Consejo y está contra el dictamen del Fiscal". Morillo, sentenció: "Apruebo la sentencia de *seis años de presidio para Rodríguez al de Omoa* y a Dionisio Gamba lo condeno a *la de diez años al mismo presidio, relevándolo de la de muerte, ateniendo a la exposición del Auditor de Guerra*".

JUAN NEPOMUCENO RINCON Y ESTANISLAO GUTIERREZ: comprendidos en una misma sentencia, fueron condenados directamente "*a diez años de presidio en Omoa y confiscación de bienes a los dos*, el primero en atención al papel que ha reconocido y al segundo por lo exaltado y chispero". Morillo, sentenció: "Confirmo ambas sentencias del Consejo de Guerra".

PANTALEON GUTIERREZ: "Condenado a la pena de *seis años de presidio*". Morillo, sentenció: "Apruebo la sentencia impuesta por el Consejo de Guerra, con la diferencia de que la pena de presidio será solo de *cinco años con destino al de Omoa*". (3).

La vía natural, directa, relativamente cómoda, y económica para ir de Santafé de Bogotá a Omoa era en aquel tiempo la del río Magdalena por Honda hasta Cartagena y de allí a Omoa, pero para conducir a los doce presidiarios se escogió el camino más penoso y largo que se podía pensar. El sargento conductor recibió directamente del General Morillo el siguiente itinerario: Santafé-Ibagué-Cartago-Nóvita-Bahía de Cupica-Panamá-Portobelo-Omoa (4). Es decir un nuevo terrible castigo encima de los que ya pesaban sobre los reos. Semejante ruta que debía efectuarse en su mayor parte a pie, en aquellos tiempos, era poco menos que una condenación a muerte. ¿Por qué esta determinación tan inhumana como absurda? Pudiera creerse que Morillo recelaba de que estos pudiesen ser libertados por alguna posible guerrilla patriota que operase sobre el río Magdalena, pero es lo cierto que toda resistencia patriota había sido barrida de allí por las columnas invasoras de Santacruz, Warleta y Latorre en el mismo año y por ello solo puede pensarse en que hubo perversidad manifiesta al dar semejante itinerario para conducir hombres que habían gozado de elevada posición social, acostumbrados a la vida tranquila y sedentaria de la capital, rodeados de las atenciones y comodidades que les permitía su fortuna; algunos de ellos de edad avanzada y todos incapaces de resistir las privaciones y sufrimientos de los "infernales caminos" de entonces.

Como quiera que sea, solo uno de los presidiarios, Don Luis Eduardo de Azuola, llegó gravemente enfermo a Nóvita donde hubo de quedarse imposibilitado materialmente por fiebres malignas para continuar su calvario; los once restantes llegaron por fin a Panamá a los tres meses y medio de haber salido de Santafé de Bogotá. De allí, el Comandante Militar del Istmo sin casi permitirles unos días de descanso, maltrechos como estaban, los encaminó a Portobelo, a consignación del Gobernador de esta plaza, con la orden perentoria de que flete por cuenta de las Cajas Reales un barco para enviarlos inmediatamente a su ulterior destino y la siguiente nota al Gobernador del presidio:

"Señor Gobernador del Castillo de Omoa:

El Exmo. Señor Don Pablo Morillo General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme ha remitido a esta Plaza once reos de Estado con el fin de que sigan a ese Castillo de Omoa a que han sido sentenciados por el tiempo que indican sus respectivas condenas que ha pasado a mis manos con Oficio apertorio para V. y que con las mismas condenas le incluyo. Por dicho Oficio notará V. que habla S. E. de doce reos, pero es de entenderse que quedó gravemente enfermo en el Citará y a disposición

del Teniente Gobernador de aquel Puerto D. Ramón Diego Ximenes el nombrado *Luis Eduardo Azuola*, de cuyo incidente se ha dado cuenta al expresado General en Oficio fecha 28 del pasado Noviembre en que se le ha acusado el recibo de los expresados once reos. Estos los remito a Portobelo en esta fecha con encargo al Señor Gobernador de aquella Plaza de que inmediatamente flete por cuenta del Rey un buque a propósito para que los transporte a San Juan de Nicaragua con la correspondiente partida de tropa y sin que pueda llegar el buque a ningún otro punto por lo muy interesante que es al mejor servicio de ambas Magestades el que ninguno de estos hombres pueda extraviarse, a fin de que el citado Gobierno de Nicaragua los remita a V. sin demora.

Sin embargo de que el señor Gobernador de Portobelo ha de oficiar con el de Nicaragua sobre el particular lo ejecuto yo también en este mismo día advirtiéndole la vigilancia y precauciones que debe tener con los expresados reos y lo indispensable que se hace el que compurguen sus delitos en ese su verdadero Depósito para que no queden impunes.

Dios guarde a V. muchos años.

Panamá y Diciembre 24 de 1816.

Alejandro Hore" (5).

Después de sufrimientos indecibles por el espantoso camino entre Panamá y Portobelo, llegaron los deportados a esta última Plaza donde fueron encerrados como criminales peligrosos en el terrible calabozo de la fortaleza. Pero, la Providencia velaba sobre ellos: en medio de tanta desventura, de pronto se aclaró el horizonte de sus pobres vidas, con dos hechos que los favorecían: primero, que por más esfuerzos que hacía el Gobernador de Portobelo para despacharlos a Omoa, no pudo conseguirlo, pues el capitán del único barco, la polacra española *Ecce Homo* que tocó en el puerto, e iba a La Habana y de allí a San Juan de Nicaragua se negó a conducir a los reos porque dijo que llevaba carga particular de enseres de Artillería de Real Hacienda que no permitía admitir a bordo ninguna clase de personas aparte del personal de marineros y, segundo, que de Santafé llegó orden del propio General Morillo a los Gobernadores de Panamá y Portobelo de que se detuviese a los presos, si aún estaban en alguna de esas dos plazas, hasta que el Virrey Montalvo, que a la sazón se hallaba en Cartagena resolviese, "si estaban o no comprendidos en la Real Orden de 7 de Mayo de 1816, preventiva de que los reos de la clase de estos once sean sentenciados a los Presidios de la Península, sobre cuyo particular había consultado" (6). El Virrey entendió que sí los cobijaba tal disposición y en consecuencia el Gobernador de Portobelo, Dn. Antonio Mendizábal e Irisarry, en la primera oportunidad que se le presentó, los embarcó en las goletas *Regencia* y *San Miguel* con destino a Cartagena por no proporcionársele enviarlos directamente a España.

Al llegar a Cartagena los deportados estaban totalmente aniquilados en la salud, esqueletizados y envejecidos por tantos sufrimientos como habían soportado. Así que así, Don Gabriel de Torres, Gobernador de la plaza, a quien iban consignados, los envió al Presidio Correccional donde desde el día siguiente fueron obligados a salir con los demás presos a hacer

el aseo de las calles. De este trato se quejó el doctor Castillo y Rada en memorial que fue atendido inmediatamente por el Virrey Montalvo, el cual dispuso que "no habiendo venido condenados a este Presidio, no deben salir a los trabajos de él, manteniéndoselos en seguridad hasta que salgan para su destino". Aún más: el Virrey, a solicitud del Gobernador, consintió en que los deportados fuesen pasados de la Cárcel Real, en que según este eran "huéspedes incómodos" para el carcelero y "no se podía tener confianza en la guardia del Sargento", al edificio de San Agustín, donde estuviesen "colocados en una habitación cómoda y segura" hasta que en primera oportunidad pudiesen ser enviados a la Península. Entretanto habían tenido que pasar al hospital, vencidos por las enfermedades el doctor Castillo y Rada, don Pantaleón y don Estanislao Gutiérrez y don Andrés Rodríguez.

Pero estaba ya cercana la hora de la libertad porque ahora las circunstancias trabajaban en favor de los presos. La parte más influyente y distinguida de la sociedad cartagenera a la cual pertenecían por parentesco y relaciones de amistad el doctor Castillo y Rada y don Andrés Rodríguez, dentro de la mayor discreción, como era el caso para no despertar sospechas procuraba atenderlos a todos y aconsejarlos a que pidiesen la excarcelación con fianza, como en efecto lo demandaron en el siguiente *Memorial* que es un relato angustiado de sus sufrimientos y que fue preparado por uno de los mejores abogados de entonces. Dice así:

"Señor Gobernador y Comandante General, don Gabriel de Torres:

Los infrascritos presos en esta Real Cárcel, procedentes de Santafé con destino a España con nuestro mayor respeto hacemos presente a V. S. que habiendo salido de aquella Capital desde el 29 de agosto del año pasado fuimos conducidos por caminos que tocan en la Pcia. de Popayán, y penetramos en las del Chocó transitando por tan fragosas, y malsanas montañas del Quindío, Chamí, Napipí y otras bien conocidas por su aspereza, y sufriendo no solo las incomodidades de todo viaje dilatado, sino también muchas otras anexas a nuestra desgraciada situación de presos y casi del todo privados aun de aquellos más precisos auxilios de una vida llevadera. La hambre, la sed, el demasiado cansancio, los hospedajes en lugares fangosos, y aun inmundos, todo todo ha tenido no pequeña parte en la serie lastimosa de nuestros padecimientos. Ellos han sido bien notorios, y tales que si pudiesen reducirse a una exacta relación se conmovría aun el corazón menos sensible.

Acostumbrados por otra parte al benigno clima de Santafé, y trasladados por temperamentos los más fuertes, y enfermizos, hemos experimentado en nuestra salud los consiguientes efectos del trastorno, sufriendo diversas enfermedades que se agravaron en el Istmo de Panamá, en el terrible Calabozo de Portobelo, y en la navegación para nosotros tan nueva por ambos mares para venir a esta ciudad.

En ella creíamos restablecernos algún tanto mientras seguíamos a nuestro destino; pero se han debilitado nuestras esperanzas principalmente desde que fuimos trasladados a esta Real Cárcel. Puestos en esta triste mansión donde nos falta no solo el auxilio del más moderado ejercicio sino aun la respiración del aire libre no podemos prometernos sino la total

pérdida de nuestra salud. En efecto, Señor Gobernador la estrechez del lugar, la multitud de presos concurrentes, lo fuerte del temperamento son demasiados motivos para caer en las más temibles enfermedades que después de arruinar nuestra salud, y tal vez nuestra existencia frustraría, o dilataría por lo menos nuestro viaje a España, que es lo que en las circunstancias más nos interesa y ocupa nuestros deseos. En efecto ha sido ya necesario trasladar al Hospital algunos de nuestros compañeros, y tememos con sobrado fundamento los demás seguir sus pasos.

En tal situación nosotros que conocemos muy bien la humanidad, y beneficencia que distinguen el magnánimo corazón de V. S.: nosotros que podemos con la mayor ingenuidad asegurar a V. S. que nada nos es más interesante en las circunstancias que seguir a nuestro destino, porque este puede solo ser el medio de realizar la única dulce esperanza de reunirnos algún día al seno de nuestras familias: nosotros en fin que debemos a Dios pensamientos solo de honor y que estamos muy lejos de meditar fugas ni otros arbitrios propios de almas bajas: nosotros llenos de la mayor confianza nos hemos resuelto a suplicar reverentemente a V. S. como lo ejecutamos, se sirva concedernos la excarcelación que nos es tan preciosa para la conservación de la vida, bajo las competentes seguridades que sean del agrado de V. S. y con calidad de presentarnos en su recto Tribunal siempre que V. S. lo gradúe necesario.

Estamos dispuestos a seguir para España a donde por Real Orden somos destinados; no está de nuestra parte la demora. Nadie puede persuadirse de la humanidad de los Jefes que se trate de afligirnos con nuestra detención en la Cárcel. ¿Se consulta a la seguridad? Sí; nada es más justo supuesto nuestro destino. Pero salvándose competentemente este objeto con la fianza de carcelería que ofrecemos dar a satisfacción del Tribunal: nada queda que clarear a la beneficencia y equidad de V. S.

La imploramos pues con nuestro mayor rendimiento interponiendo para ello, además, los respetos debidos a los dichos matrimonios de nuestro Augusto Soberano el Señor Don Fernando Séptimo, y el Serenísimo Señor Infante D. Carlos en cuya celebridad se tributan al presente en esta ciudad las más obsequiosas demostraciones. Interponemos también la feliz memoria de los días y Augusto nombre de S. M. en el próximo día treinta en que es tan propio de los Superiores hacer en el Real nombre todo género de gracias. En esta confianza, y en la que nos inspiran otros ejemplares de igual naturaleza, de cuyos fundamentos nos valemos con el pedimento más útil y reverente.

Suplicamos se sirva proveer como solicitamos. Juan Dionisio Gamba - Manuel Pardo - Joseph Sanz de Santamaría - Sinforoso Mutis - Josef Camilo Manrique - Florencio Ortiz - Nepomuceno Rincón.

Otro si decimos: que para el caso de ser como lo esperamos, otorgada nuestra solicitud, presentamos los fiadores siguientes: de Gamba, Don Miguel José de Díaz y Canabal; de Pardo, D. Juan Grau; de Santa María, D. Manuel Greco; de Mutis, D. Juan Belmont; de Manrique, Dr. D. Joaquín Villamil; de Ortiz y Rincón, D. Marcos Bernin, quienes aunque por no hallarse ahora presentes no firman este pedimento, lo harán en la escritura

que se extienda en su conformidad según derecho: pedimos y protestamos ut supra. Gamba - Pardo - Santa María - Mutis - Manrique - Ortiz - Rincón" (7).

Los cuatro presos hospitalizados que por esta razón no habían podido firmar el memorial, desde sus lechos de enfermos se hicieron sabedores de él y presentaron como fiadores: por José María del Castillo, a Manuel Gnecco del Rivero; por Estanislao Gutiérrez, a Marcos Berny; por Pantaleón Gutiérrez, a Lázaro María de Herrera y por Andrés Rodríguez, a Hilario de la Espriella y La Bandera.

¡Cosa rara! El mismo día en que se presentó la petición fue pasada al Fiscal *ad hoc*, Dr. Juan Nepomuceno Bermeo, por haberse excusado el propietario, el cual dijo "que la antecedente solicitud no la considera incompatible con el destino últimamente dado a los suplicantes, mayormente cuando sobre no haber la más ligera sospecha de fuga, atendidas las circunstancias de honor, y demás que representan y concurren en sus personas, ofrecen las seguridades de la ley con sujetos de reconocido abono y hombría de bien". El mismo día el Gobernador resolvió que "una vez otorgada la fianza por los fiadores constituyéndose responsables de que presentarán y tendrán a disposición del Tribunal las personas de los fiados en la oportunidad en que hayan de embarcarse para seguir a la Península con arreglo a sus condenas, y superiores resoluciones del Exmo. Señor Virrey, se les amplía la prisión al recinto de esta Plaza hasta el efectivo cumplimiento de sus sentencias que no se alteran ni relajan, pero que son susceptibles de este alivio compatible con las leyes del Reyno, y dispensable a los que se acogen a la piedad del Rey" (8).

Firmada la diligencia de fianza por los fiadores, el mismo dos de junio de 1817, se comunicó inmediatamente que se podía dejar en libertad a los presos al Alcayde de la Real Cárcel, Emilio Rueda y al Contralor del Hospital de San Carlos, Antonio María Díaz.

Los presos, en nueva representación dirigida al Virrey pidieron que por cuanto el 20 de junio de 1817 se había publicado "la Real gracia del indulto expedida por S. M. en 24 de enero anterior, a favor de los procesados, o no procesados o ausentes, por delito de insurrección y como nosotros no estamos procesados, porque aunque lo fuimos por el Consejo Permanente de Guerra establecido en Santafé, fue con la notoria e insanable nulidad nacida del defecto de jurisdicción, en aquel Tribunal, pedimos respetuosamente la suspensión de los efectos de las providencias dictadas anteriormente para nuestra remisión a España" (9). Igual pedimento hizo para su esposo Luis Eduardo Azuola, retenido aún en Nóvita, la señora María de los Dolores Olano.

Ya para entonces el espíritu y los trámites de justicia habían cambiado en el sojuzgado Virreynato. La Audiencia de Santafé se había querellado ante el Rey respecto de los procedimientos *manu militari* de Morillo y del Virrey Sámano su delegado y de la necesidad de establecer el orden jurídico. Se consiguió en parte, no obstante las arbitrariedades de Sámano y de los primeros beneficiados con el nuevo orden fueron los doce condenados a Omoa. Con fecha 7 de agosto de 1817 la Audiencia los declaró comprendidos en el indulto y el 23 del mismo mes el Gobernador de Car-

tagena los dejó en absoluta libertad, no sin antes haberles exigido el juramento de las declaraciones adicionales al Real Indulto que decían: “Oponemos, protestamos y juramos ante Dios Omnipotente, y la presente Real Autoridad, ser obedientes y fieles al Rey nuestro Señor y su legítimo Gobierno, y si (lo que Dios no quiera) faltáramos a esta palabra, y deber, consentimos y queremos que se proceda contra nuestra persona y bienes, con todo el rigor de las leyes, acortando términos y formas, sirviéndonos de cargo para la reagravación de nuestra anterior conducta, y quebrantamiento de este juramento” (10).

Un año largo había durado la trágica odisea de los deportados. La mayor parte de ellos vivió más de lo que hubieran querido sus perseguidores y algunos prestaron más tarde excepcionales servicios a la patria convertida ya en república, libre, soberana e independiente, especialmente los doctores Castillo y Rada y Azuola que desempeñaron la Vicepresidencia de Colombia, la Grande y ejercieron el poder ejecutivo de que era Jefe el Libertador, a plena satisfacción de este y con el aplauso de sus conciudadanos.

NOTAS

(1) Se comprende que para el juzgamiento y sentencia definitiva de estos doce “reos de Estado”, hubo a última hora muchas influencias puestas en marcha para atenuar las condenas, especialmente en favor del doctor José María del Castillo y Rada, persona ampliamente relacionada y muy querida en la sociedad santafereña. Aunque el Consejo de Guerra Permanente condenó a muerte a Azuola, Pardo, Ortiz, Manrique y Gamba, juzgados como de los más peligrosos revolucionarios, el Auditor de Guerra encontró para ellos atenuantes que no tuvo en cuenta para otros mártires de la Patria en las mismas o parecidas condiciones, atenuantes que obraron en el ánimo inflexible de Morillo para conmutarles la pena capital por la de prisión mayor en Omoa. Los casos de Fernández Madrid, de Pombo y algunos otros de menor significación hacen pensar que hubo lo que hoy se llama “tráfico de influencias”. Al presbítero Luis Villabrille, juez de los eclesiásticos infindentes, le fueron comprobadas ampliamente y se vio obligado a escapar cuando la Corte ordenó la investigación y castigo de sus trapisondas.

(2) Arch. Gral. de Indias. Cuba. Leg. 754. *Comunicación del General Don Pablo Morillo al Gobernador del Presidio de Omoa.*

(3) A. G. de I. Leg. cit. *Copias certificadas de las Sentencias dictadas contra los reos condenados al presidio de Omoa.*

(4) El historiador Ibáñez dice que “los reos fueron conducidos hasta Buenaventura y tratados con crueldad por el Oficial conductor, quien los apareaba con unos mismos grillos”. (IBÁÑEZ, Pedro M., *Crónicas de Bogotá*, Bogotá, 1917, T. III, 228). Los documentos que hemos encontrado en el Archivo indican que la ruta, a partir de Nóvita, fue por el Chocó, hacia la Cordillera del Baudó, a buscar las fuentes del río Napipí y salir a la bahía de Cupica. En cambio, el cargo hecho al Oficial conductor es muy cierto, y en esto obraba de acuerdo con las instrucciones recibidas.

(5) A. G. de I. Leg. cit. *Comunicación del Comandante General de Panamá al Gobernador del Presidio de Omoa.*

(6) A. G. de I. Leg. cit. *Comunicación del General Morillo a los Gobernadores de Panamá y Portobelo.*

(7) A. G. de I. Leg. cit. *Memorial de los reos condenados al presidio de Omoa.*

(8) A. G. de I. Leg. cit. *Auto de 2 de junio de 1817 del Gobernador y Comandante General de la Plaza de Cartagena, en el Memorial de solicitud de excarcelación de los presos destinados a Omoa.*

(9) A. G. de I. Leg. cit. *Memorial de los presos detenidos en Cartagena en solicitud del Indulto de S. M. de 24 de enero de 1817.*

(10) A. G. de I. Leg. cit. *Diligencia de juramento de las declaraciones adicionales al Real Indulto de 24 de enero de 1817.*